



HERÁLDICA MUNICIPAL MARÍTIMA EN LA RÍA DEL ASÓN (EL VIAJE DEL *TAHIR*)

Florentino ANTÓN REGLERO
Colegio Heráldico de España y de las Indias

Resumen:

El presente trabajo hace un estudio sistemático de los blasones municipales de villas ribereñas de la Ría del Asón, por cuanto contienen figuras de naturaleza marítima que intentamos justificar mediante el recuerdo de acontecimientos históricos del pasado que aún permanecen vivos en la memoria colectiva de sus actuales moradores. La condición marítima de estas armerías nos permite a su vez singularizar su descripción mediante el uso de una terminología náutica específica que agrega valor al conjunto de la obra.

Palabras clave:

Heráldica marítima, Ría del Asón, Ciencias históricas, Precisión descriptiva, Brevedad expositiva, Blasonado heráldico, Arte del Blasón, Ciencia Heráldica.

Abstract:

The present work makes a systematic study of the municipal coats of arms of the riverside villas along the Ason estuary, since they contain maritime nature figures which we try to justify through the memory of ancient historic events that are still vivid in the collective memory of its current inhabitants. The maritime condition of these heraldries allows us to refer to their description by the use of a specific nautical terminology which adds value to the whole work.

Key words:

Maritime heraldry, Ason estuary, Historical science, Descriptive accuracy, Explanatory conciseness, Heraldic emblazonment, Heraldic Art, The science of Heraldry.





PRESENTACIÓN

La pequeña obra que hoy tienen en sus manos no es, como pudiera parecer, un libro de viajes. Se trata fundamentalmente de un libro de heráldica; un breve heraldario destinado a recoger las armas municipales de las villas que se asientan en la cuenca media y baja del Asón hasta su desembocadura en la bahía que cierra por el este el Canto de Laredo y, por el noroeste, el peñón santoñés. La obra, concebida en forma de viaje imaginario de un patache en travesía que recalara en algunas de las villas de nuestro periplo, recoge información sobre los aspectos históricos que justifican las armas municipales de cada lugar del recorrido, para estudiarlas y describirlas después.

Lo que tiene de particular la obra y justifica la forma de su presentación es el hecho de que todos los emblemas municipales descritos y estudiados contienen figuras pertenecientes al mundo de la mar, y que su blasonado se ha hecho utilizando, cuando resultaba necesario, los términos del lenguaje marítimo más apropiados a cada caso, buscando siempre enriquecer las posibilidades descriptivas. Por otra parte, sólo decir que lo fundamental del material que contiene ya ha sido publicado por el autor en la revista *Proa a la Mar*, de la “Real Liga Naval Española”, en forma de artículos sueltos que ahora se amplían en algunos casos, o se matiza su contenido en otros, pero siguiendo un esquema novedoso en el que lo marítimo sirve de marco a todo lo demás.

No les debe extrañar, por tanto, que en ese ambiente marinero que rodea todo el trabajo, los capítulos sean llamados singladuras, la presentación corresponda al plan de viaje y la introducción responda más bien al concepto náutico de recalada. Precisamente por ello los capítulos son introducidos, hasta donde ha sido posible, con la información que sobre la navegación en esa zona nos facilita un viejo derrotero de la costa norte peninsular.

Desde que inicié hace ya algunos años mis estudios de heráldica, genealogía y nobiliaria en la Cátedra Mosén Diego de Valera del Ateneo madrileño, sentí especial interés por hacer confluír la ciencia heráldica, en su proyección marítima, con la ciencia náutica. Cantabria resultaba para mí un punto estratégico francamente privilegiado, por cuanto Santoña, lugar obligado de recalada en mis asuetos veraniegos, me facilitaba la visita a los ayuntamientos circundantes, la recogida de datos y el acceso a una bibliografía de carácter histórico especializada. Ese quehacer lúdico inicial termi-



naría llevándome a proyectar mi tesis doctoral en este campo, abriendo con ella una nueva rama en los estudios heroicos, el de la Heráldica Marítima, y a publicar diversos trabajos con ella relacionados: *La Mar en la Heráldica*; *Orígenes de la Heráldica Marítima española*; *Santoña, una Heráldica Municipal acorde con su tradición marítima*; *El Bergantín Habana en las Armas de Ribadesella*, etc.

Al recoger y publicar ahora en un solo trabajo esta otra serie de artículos sobre la *Heráldica Municipal Marítima en la Ría del Asón*, quiero dedicárselo a mis hermanos, M^a del Rosario y José Luis, y a mi sobrino Juan, como sencillo reconocimiento a su buena disposición para llevarme por esos verdes valles cántabros del interior en busca de torres y casonas con escudos, y agradecer a mi buen amigo Andrés su compañía en la mayoría de las visitas realizadas a los ayuntamientos cuyas armerías municipales aparecen ahora aquí recogidas y estudiadas. Sirvan también mis palabras como sentido reconocimiento a esta Casa de Cultura, y a su director, Rafael Palacio Ramos, incansable amante de las cosas de su tierra, investigador nato, que con sus invitaciones a los cursos de verano alentó mi entonces incipiente quehacer heráldico, proyectándolo hacia la riqueza armera de esta noble Villa.

Finalmente, agradecer a todos los Ayuntamientos cuyas armerías aparecen aquí estudiadas su amable respuesta en la medida en que les fue solicitada información para llevar adelante este trabajo, agradecimiento que hago extensivo a la Asociación Grupo de Acción Local de la Comarca Asón-Agüera, por facilitarnos su Catálogo Monumental.





“EL TAHIR”

TAHIR es el nombre imaginario de nuestro patache. Aunque el término en época anterior se aplicaba a una embarcación ligera, de dos palos con velas cuadradas, o al tercio, armada con 18 ó 20 pedreros, y destinada a servir de aviso en las flotas, reconocer la costa, guardar las entradas de los puertos, perseguir el contrabando, etc., en nuestro caso estamos haciendo referencia a una nave mercante de pequeño porte mucho más cercana a nosotros.

Nuestros pataches surcaron el Mar Cantábrico en un comercio marítimo pequeño, de cabotaje a vela, que terminaría desapareciendo a medida que el vapor se impuso como medio de propulsión marítima más rápido y seguro. Eran barcos, desde el punto de vista del purismo propio de la arquitectura naval, de dos palos triples (macho, mastelero y mastelerillo), sin cofas ni crucetas, y con bauprés para largar foques. El trinquete estaba aparejado de polacra, y, por consiguiente, con velas cuadradas, y el mayor, de goleta, es decir, con cangreja y escandalosa¹. Sin embargo, el nombre adquirió un sentido peyorativo con el que se hacía referencia a toda embarcación vieja, panzuda o lenta, falta de condiciones marineras.

Los registros de pataches existentes en los archivos de la ciudad de Santander (1758-1878) nos han dejado constancia de su navegación por el Cantábrico, e incluso por la costa portuguesa, procedentes de puertos del Golfo de Cádiz; de su pertenencia en muchos casos a armadores montañeses de Santoña y Santander; de su construcción en el puerto vizcaíno de Lekeitio o en el asturiano de Navia, y de unos tonelajes de registro que oscilaban entre las 26 y las 80 toneladas. Por otra parte, nombres como *Venturoso*, *Dulce Nombre de Jesús*, *San Antonio*, *Santa Bárbara*, *Nuestra Señora del Carmen*, *Nuestra Señora del Rosario*, *San Juan*, *San Joaquín* y *Santa Ana*, etc., o *Nuevo Tomasita*, *Margarita*, *Amelia*, *Segunda María*, *Don José* o *Avelinda*, nos dan idea del profundo sentido religioso y familiar de sus armadores.

Por estos mismos registros sabemos que transportaban un poco de todo, y entre otras cosas aceite, cítricos, carbón, mineral, fardos, hierro, etc.

La elección de una embarcación tan poco considerada se debe al deseo de acercarnos en lo posible, aunque el viaje sea imaginario, a la realidad de una navegación que transcurre en gran medida por puertos propios de una ría, la del Asón, que tuvo en otro tiempo tráfico marítimo, siendo por su ubicación considerado Limpias el puerto interior de Castilla.



PLAN DE VIAJE

Viniendo del NW. hacia la bahía de Santoña, trazar rumbo un poco al N. de Punta Pescador es casi obligado; de este modo, el peñón santoñés, referencia indispensable en el paso hacia la ría del Asón, se alza majestuoso en el horizonte. No es de extrañar, por tanto, que la singular pluma de Rafael González Echegaray nos dijera² que «El Peñon de Santoña, con la giba del Ganzo, es un monstruo acostado en la mar, dando abrigo a la cópula regia del Asón y el Cantábrico.

Desde la mar, el Peñón es una isla oscura y agria que se adelanta como un gigante entre la modestia del Canto de Laredo y el Monte Brusco, a paño del istmo, y separándole de la playa de Noja y de la marina de las Siete Villas. Su contraluz eterno en tonos oscuros se desgaja desde el alto de La Atalaya en los derrumbes verticales del cantil. Sólo blanquea el milagro de Punta Pescador. Aparcado casi a ras de agua en lo más negro del macizo, mirando eternamente al norte con su torre enana y sus cuatro relámpagos esparcidos cada quince segundos.

La vuelta del Este sigue a pique, impresionante, con el faro de Punta Caballo colgado sobre una roca avanzada en balcón encima de la línea de rompiente...» Después, navegar a vela hacia la barra bordeando de cerca el viejo peñón es todo un alarde del buen hacer marinero.

Notas

¹ MARTÍNEZ-HIDALGO, J. M., 1962, p. 908.

² GONZÁLEZ ECHEGARAY, R., 1976, p. 90.

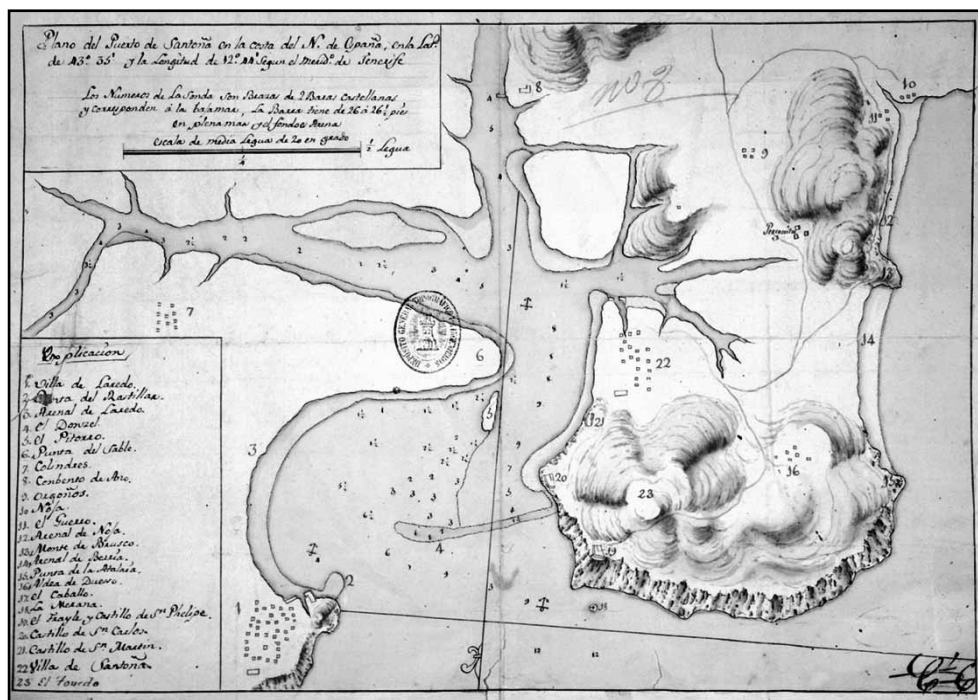


NAVEGANDO EN LA GUARDIA DE RECALADA

Objetivo del viaje

En un derrotero de la costa norte de España que aún conservo desde mis tiempos de agregado¹ leo hoy, no sin cierta nostalgia de pasadas singladuras por ese eterno mar de cántabros, astures y vascones, que «como a 2,2 millas al W. de punta Sonabia se halla la punta El Ahorcado, que es un promontorio acantilado y escarpado, alto y escabroso, que, visto desde el N. presenta una cumbre en forma de horqueta. Por la parte E. de El Ahorcado hay una pequeña ensenada llamada de La Yesera, por haber en sus inmediaciones yacimientos de yeso. A media milla al W. de El Ahorcado se encuentra la punta Herio. A partir de ésta, la costa sigue hacia el W., escarpada y sucia, hasta el Canto de Laredo»².

El mapa permite ver con toda claridad la bahía a que dan carácter las poblaciones de Santoña por el NW., y de Laredo por el SE., y la lengua arenosa de la Salvé, que entre su extremo del Puntal y el Pasaje santoñés con-



Mapa de la bahía de Santoña a mediados del siglo XVIII



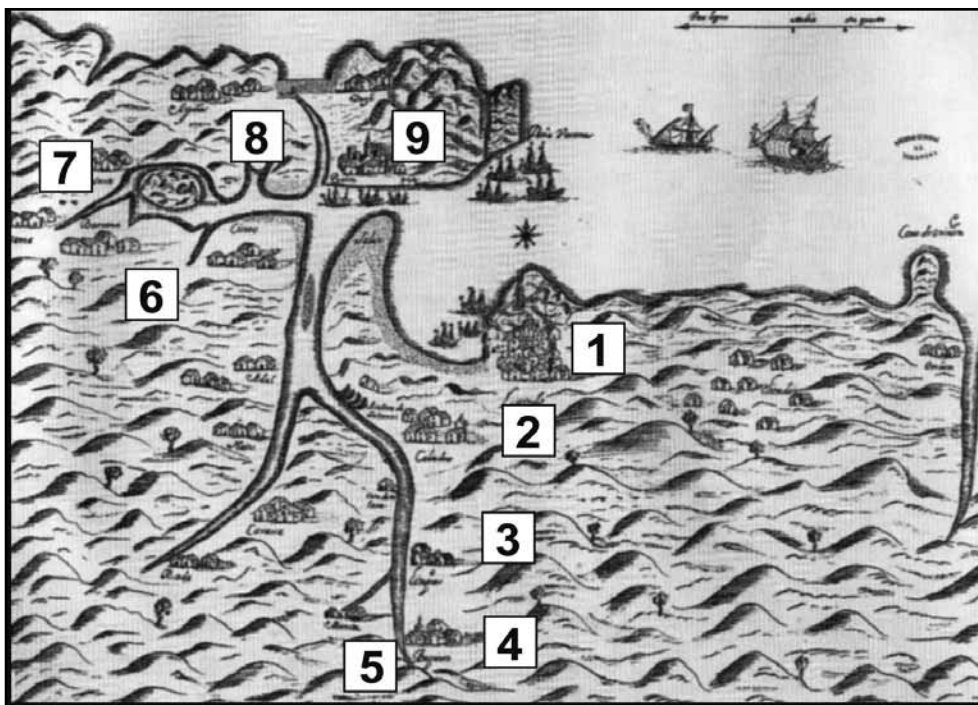


forman la salida y entrada natural de las aguas de la Ría del Asón. También el mapa nos muestra la ubicación de las poblaciones de las que trataremos a lo largo de las diversas singladuras en que, a modo de capítulos, se halla dividido el presente trabajo.

Hemos numerado en el mapa de 1667 las poblaciones que son hoy cabeza de los Ayuntamientos cuya heráldica institucional estudiamos por contener en la actualidad armerías municipales con figuras de carácter marítimas.

- 1.Laredo
- 2.Colindres
- 3.Limpias
- 4.Ampuero
- 5.Ruesga (Fuera del mapa, en el curso medio del Asón)
- 6.Bárcena de Cicero
- 7.Escalante
- 8.Argoños
- 9.Santoña

Con relativa frecuencia escuchamos decir, o leemos, que nos hallamos instalados en la era de la “Sociedad del Conocimiento”, y, en este sentido, la



Mapa de 1667 de la costa cántabra entre la comarca de Siete Villas y la Ría de Orión





concepción moderna del saber humano impide la visión clásica de sus especializaciones como recipientes autónomos y estancos; prefiere percibir las como focos de conocimiento aptos para la interrelación y el intercambio, siendo ésta precisamente la característica que las identifica especialmente como entes culturalmente activos, es decir, con pleno dinamismo en medio del saber científico de nuestro tiempo.

Hoy más que nunca parece claro, reconocen Francisco Fernández y Manuel Martín-Bueno³, que las ciencias históricas no se encuentran aisladas, y que a su inteligencia contribuyen otras muchas ramas del saber humano, que permiten con su auxilio una aproximación cada vez más fidedigna y completa a la realidad del pasado, a sus protagonistas, a su pensamiento, a sus vivencias y a su actividad social y económica.

La heráldica ha sido considerada en los medios académicos como una más de ese grupo de ciencias auxiliares de la historia -sigilografía, codicología, diplomática, vexilología, genealogía, etc.- cuyo conocimiento, que, por otra parte, exige un determinado grado de especialización, es irrelevante en el curso de la actividad investigadora, fundamentalmente si nos salimos del marco específico de la Edad Media. No obstante, en la práctica del laborar diario resulta fácil comprender que la relación entre estas parcelas del saber humano, constituyentes del grupo de las ciencias históricas, es tan determinante, que cuando buscamos el conocimiento de los contenidos de alguna de ellas resulta muy difícil aislarla completamente de las demás.

Sin embargo, posiblemente la heráldica sea la que menos interés ha despertado entre los historiadores. Su deriva hacia la consideración de ser el escudo una simple “marca de honor” recibida de los ancestros, tendencia que se aprecia a partir del siglo XV, propició que fuese vista como el resultado de un capricho social de unas elites cuestionadas por las doctrinas igualitarias del siglo XVIII, y los movimientos revolucionarios de los siglos XIX y XX.

Al final, el empleo de símbolos de significado complejo; la utilización de un lenguaje que parece criptográfico por proceder en su mayor parte del uso literal españolizado de términos, incluso arcaicos, de la lengua francesa, y la mencionada condición de ser considerado el objeto material de su estudio simples “marcas de honor”, han ido dejando a esta ciencia fuera de los medios académicos oficiales. De este modo quedó prácticamente en manos de los llamados reyes de armas: un cuerpo de la Administración del Estado ligado desde la Edad Media a las funciones de protocolo, que ha terminado por no ser necesario y, en consecuencia, por desaparecer. Sólo algún grupo aislado de especialistas ha mantenido encendida la llama de unos estudios que están demandando en nuestro tiempo una rápida renovación conceptual.





Sorprendentemente, el desarrollo de las sociedades democráticas está favoreciendo un nuevo despertar. Al olvidarse el entramado social contemporáneo del significado de unos símbolos ancestrales con los que su propia estética ya no se identifica, se está favoreciendo la desaparición de viejos paradigmas, y, por ello, facilitando la aparición de nuevos investigadores procedentes del mundo universitario. En consecuencia, existe la posibilidad de que, a medio o largo plazo, sean ellos los que, liberados de los condicionamientos doctrinales de los dos últimos siglos, busquen penetrar lo más arcano de sus contenidos, para llegar a su entendimiento a través del enfoque que determina, esencialmente, el valor antropológico que los emblemas heráldicos encierran.

Es precisamente esa actitud, que los heraldistas noveles hemos aprendido de nuestros maestros, la que facilitará la obtención de nuevos resultados a partir de una gran variedad de fuentes arqueológicas, sigilográficas, documentales y artísticas, que ellos, desde su experiencia, nos han enseñado a reconocer, estudiar y valorar.

Al iniciar hace ya algunos años nuestros estudios de heráldica, nos sorprendió el hecho de que los autores de los siglos XVIII y XIX, a los que, por nuestra parte preferimos identificar como “academicistas” por la ingente labor de recopilación y normalización del conocimiento y del lenguaje heráldico llevada a cabo, no parecían poseer una clara conciencia del diferencial existente entre “arte” y “ciencia”. Una nítida distinción que el tiempo transcurrido desde entonces sí nos permite hoy establecer. Y si la Real Academia nos define el arte como «el conjunto de preceptos y reglas necesarias para hacer bien una cosa», la ciencia ya no puede ser entendida simplemente como «un cuerpo de doctrina metódicamente formulado», sino, más bien, como un conjunto de acciones positivas dirigidas hacia la obtención de un conocimiento verificable sobre ciertos hechos, y alcanzado mediante la aplicación de un procedimiento⁴ cuyas cualidades han de ser la objetividad, la racionalidad, la sistematización, la generalidad, y la falibilidad, lo que permite que se diferencie incluso del saber vulgar por estar en posesión de su propio lenguaje. Un lenguaje técnico cuya aplicación se prevé imprescindible en el marco de la investigación científica especializada, donde cada armería, considerada aisladamente como una unidad de análisis, debe ser adecuada y suficientemente inventariada.

A la hora de proceder al registro de datos de nuestros trabajos de investigación, el considerar la posibilidad de una evolución metodológica nos permite hoy decir que, lo que se había convertido durante los siglos XVIII y XIX en el fin último del Arte del Blasón -el diseño y la descripción de armerías- debe ser reconducido en su concepción hacia el uso de los blasonados como una herramienta de trabajo puesta en manos del investigador.





Con esta nueva valoración conceptual de la razón última de las reseñas heráldicas hechas en el marco de los trabajos de campo, adquieren su verdadera dimensión dos ideas que, como axiomas, se han generalizado entre los especialistas, y que nosotros hemos querido resaltar enunciándolas, posiblemente por primera vez, como *criterios*, con todo lo que ello implica de búsqueda de la verdad objetiva.

Posicionados en este nuevo marco conceptual, el que hemos llamado criterio de “Precisión descriptiva”⁵, prácticamente abandonado por los entendidos anclados en viejas concepciones favorables a una mal interpretada “Brevidad expositiva”⁶ -segundo de nuestros criterios-, se revela como una necesidad determinante. Sin embargo, en esa labor de registro de datos hemos podido comprobar que el lenguaje heráldico existente no en todos los casos cubre las necesidades que demanda cualquier trabajo de investigación normalizado.

Ello nos hizo comprender que se hace necesario su enriquecimiento con la incorporación apropiada de términos específicos de las ciencias o de las tecnologías a las que las figuras objeto material del trabajo pertenecen. Por consiguiente, entendemos que éste es un medio de perfeccionar y no de suplantar un lenguaje capaz aún de absorber muchos términos lingüísticos nuevos, y, desde luego, de hacerlo sin necesidad de recurrir a léxicos foráneos, en el sentido más amplio del término, mientras dispongamos de vocablos propios que mantengan en su integridad el concepto, fácilmente entendible para los no expertos, de lo que gráficamente se quiere representar.

La propia lengua castellana está llena de posibilidades que, como labor prioritaria, debieran ser aprovechadas al máximo. Posiblemente habría que pensar si no ha llegado la hora de volver la vista hacia nuestros heraldistas del periodo bajomedieval, para continuar después examinando el lenguaje que usaron en los diferentes periodos los expertos que nos han precedido⁷.

En consecuencia, podemos decir, que esta parte de la dimensión de la heráldica, entendida como una ciencia histórica⁸, no radica tanto en la procedencia del lenguaje utilizado en las descripciones, como en la precisión del concepto que facilita el uso de un lenguaje técnico apropiado. En nuestro caso, al tratarse fundamentalmente de figuras o muebles procedentes del mundo de la navegación marítima, de la construcción naval y de la pesca, sobre las que hemos venido trabajando con intensidad en los últimos años, nos ha sido posible observar que las descripciones a las que se había incorporado el lenguaje propio de las ciencias y las tecnologías náutica y pesquera tenían mayor valor descriptivo y, en consecuencia, un mayor nivel de precisión que aquellas otras en las que, o bien no había sido utilizado, o lo había sido de forma incorrecta. Además, no se apreciaba que ello hubiese influido negativamente en la brevedad de las reseñas.



Esta recapitulación, que hacemos ahora sobre el lenguaje y sus usos en los blasonados heráldicos, es la que nos permite concluir que en el marco de la investigación científica sobre armerías, el uso correcto y exhaustivo del lenguaje propio de la ciencia heráldica se hace imprescindible para el adecuado registro de las particularidades que presenta cada uno de los escudos sometido a examen.

Sin embargo, siendo la bondad de los registros de datos la que posibilita hacer a posteriori un buen análisis de los contenidos figurativos, incluso no contando con una imagen gráfica, y teniendo en cuenta que el lenguaje heráldico no cubre todas las necesidades descriptivas de los muebles relacionados con la navegación marítima, el transporte de mercancías por mar, la construcción naval de cualquier clase, las actividades de pesca, u otro tipo de función, labor o trabajo industrial relacionado también con el mundo marítimo, podemos concluir que, allá donde sea necesario, la terminología técnica específica debe ser aplicada sin reservas; lo que no excluye el fino sometimiento en el proceso a las características y a los ritmos descriptivos propios del Arte del Blason, que, en cualquier caso, debe preservarse.

El trabajo que ahora les presentamos responde íntegramente a lo que hemos venido sosteniendo hasta aquí. Queremos mostrarles una serie de escudos municipales que contienen en su campo diversas figuras procedentes del mundo de la mar, y hemos querido acercarles al conocimiento de su razón de ser. De todos ellos encontrarán una escueta justificación de naturaleza histórica, al tiempo que un blasonado coherente con nuestro pensamiento en lo relativo a lo que son y a lo que representan los blasonados heráldicos en el marco de la investigación científica.

Sin embargo, siendo conscientes de la dificultad de comprensión que puede entrañar el uso del lenguaje propio de la mar que hemos manejado, dividimos el trabajo en dos partes que se complementan. En la primera encontrarán los escudos, su blasonado y su justificación histórica, mientras que en la segunda, y a modo de glosario enciclopédico, hallarán una serie de términos náuticos ampliamente explicados, que esperamos les facilite la comprensión de la primera, aunque confiamos en que no sean estos los únicos escudos de naturaleza náutica que puedan estudiar y, por consiguiente, creemos que les serán de utilidad en un futuro.

Como ya hemos dicho, en su formato el libro es presentado como si se tratara de un viaje hecho por una nave que recorriera, hasta donde en otro tiempo ha existido navegación marítima, la cuenca del río Asón, a cuya ribera se asoman los ayuntamientos cuya heráldica institucional hemos recogido y estudiado aquí.



Notas

¹ Agregado era el título que recibían los Alumnos de Náutica de la especialidad de puente y cubierta cuando, una vez aprobados los cursos académicos en la Escuela Oficial de Náutica y Máquinas, debían embarcar para hacer los cuatrocientos días de prácticas de mar que se les exigían como paso previo al examen de conjunto destinado a la obtención del grado de Piloto de la Marina Mercante de Segunda Clase.

² MARTÍN ROCA, L., 1958, p. 109.

³ CISNEROS CUNCHILLOS, M. y otros, 1997, pp. 13-25. Véase el Prólogo de Francisco Fernández y Manuel Martín-Bueno.

⁴ Estamos refiriéndonos a la aplicación de un método científico, y en consecuencia, plenamente válido y homologable.

⁵ Precisión descriptiva: Registro de los contenidos de las armerías, y su ordenación en el campo del escudo, realizado sin ambigüedades que puedan dar lugar a interpretaciones diversas en función del especialista que, a partir de su lectura, los reinterpreta en figuraciones pictóricas o en otro tipo de soluciones plásticas.

⁶ Brevedad expositiva: Registro de los contenidos de las armerías, y su ordenación en el campo del escudo, realizado con la mayor brevedad posible. La adecuada interpretación del criterio supone que la “brevedad expositiva” se consigue mediante la adecuada utilización del lenguaje más apropiado para cada caso, siguiendo el ritmo descriptivo propio de las reseñas heráldicas, y no suprimiendo información.

⁷ ARCO Y GARCÍA, F. del, 2001. Esta obra, en su conjunto, representa un esfuerzo por darnos a conocer la terminología heráldica usada por los heraldistas españoles de los siglos XV al XVII, cuando aún no se habían impuesto definitivamente en nuestro suelo los términos lingüísticos que hoy manejamos.

⁸ Ya hemos dicho que la calidad de ciencia del “Arte del Blasón” se la proporciona la perspectiva antropológica, y siendo una de las cualidades de la ciencia el disponer de un lenguaje propio, lo importante no es la procedencia del vocablo utilizado, sino la capacidad de cada término lingüístico para contener y significar en toda su dimensión, y con la mayor claridad posible, lo que nos es necesario representar.

